

APUNTES SATÍRICOS

Borricos en la plaza

En las estampas de la Plaza Mayor de Lima en el siglo XIX —dibujos a lápiz, acuarelas, litografías— vemos con frecuencia, allí entre viandantes y mirones, numerosos borricos. Asnos caminando en ordenada recua con sus porongos y barrilitos, en pos del agua de la fuente, que sus amos vendían por los diferentes barrios de la ciudad. Jumentos descansando en espera de su turno, o yendo de un lado a otro, con filosófico talante. Burros de Lima, que de rato en rato se tornaban a observar los portales, la catedral, el palacio de los virreyes...

Me acuerdo de ellos al releer *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, con su referencia a unas vacas que deambulaban, impertérritas, por los patios y salas donde residía el dictador. Y se me ocurre que si hubiéramos tenido un patriarca como ese, no habrían sido vacas sino borricos los cuadrúpedos que recorriesen los aposentos presidenciales. No vacas, digo, sino asnos de todos los pelajes: blancos, grises, pardos, azulejos... Después de todo son burros y gallinazos los animales que mejor se conciertan con el espíritu de Lima. Y hay algo de pesebre, de fastuoso e hiperbólico pesebre, en el palacio en que se alojan nuestros mandatarios.

Habrían adornado, digo, con meditativa inmovilidad, el Patio de Honor. Otros habrían transitado, en errática teoría, por las alfombradas estancias. Se habrían asomado a las ventanas, en contemplación de un cielo tan plomizo como sus barrigas. Otros

habrían visitado, en interesada gira, la gran cocina y las bodegas palaciales. Y no todos, por cierto, se habrían conducido con corrección. Los habría habido que echasen a correr por los pasillos, con eufórico acompañamiento de rebuznos, o que la emprendiesen a coces contra los espejos, o se abandonasen, a imitación de los borricos mencionados en Las mil y una noches, al horrisono y asnal placer de peer sin freno ni medida.

Mas no habría faltado también un jumento más avisado que, aprovechando la hora de la siesta, fuese por la Sala del Consejo de Ministros, y entrase al despacho, solitario en ese momento, de la más alta autoridad de la república. Daría entonces una vuelta por derredor, oliendo el cortinaje, contemplando de hito en hito los retratos, husmeando entre los papeles. Se llegaría al sillón de Su Excelencia, y estirando el pescuezo asomaría la testa por encima del presidencial respaldo. Y en ese punto, grave la expresión, se preguntaría: "¿Y por qué no? ¿Por qué no puedo ser yo también Presidente...?"

Mas no hemos tenido aún, a pesar de tanto salvador de la patria, un patriarca como el de aquella novela. Ni dejaron de ser nunca esos borricos, en pasados tiempos, los pacientes cargadores de cántaros, sufridos objetos de insultos y palos que siempre han sido. Más aún, en su franciscana inocencia, habrán mirado con recelo el caserón de los virreyes. Y en su fuero interno se habrán dicho: "¿Qué podemos hacer allí nosotros, burros franciscanos?" Mas no advertían, distraídos como eran, que una mano de artista registraba sus imágenes para siempre en sus acuarelas, en simbólica y perenne asociación con los edificios más representativos del poder en nuestra patria.

Versión original en El Caballo Rojo, Lima, 8 de junio de 1880, p. 12, firmada con el seudónimo de Luis Felipe Aylas.

Elogio y condenación de Xantipa

Como se sabe, Sócrates fue hombre de fea apariencia y gran sabiduría, que dio pruebas de excepcional coraje en el mantenimiento de sus convicciones. De él nos han dejado una sugerente y a veces contradictoria imagen Jenofonte, Platón y Aristófanes. Un aspecto menor que recuerda el primero, en sus *Memorabilia*, es el de su infeliz matrimonio con Xantipa, mujer cuyo áspero carácter envenenó la vida del filósofo, acaso aún más que el brebaje a que fue condenado.

No hay nombre adecuado en español para una fémica semejante. Podría usarse el de arpía, designación que se daba a un ave fabulosa, con cara de muchacha y cuerpo de ave, cruel y sucia por añadidura. El término de arpía, por otro lado, se aplicaba en el Siglo de Oro a las personas muy codiciosas, y en tiempos modernos adquirió la acepción adicional de mujer flaca y fea. El término de Furia, reservado originalmente a cada una de las deidades infernales que en la mitología clásica personificaban los remordimientos, y vinculado más tarde con la ira exaltada, podría ser también una alternativa. Ambos vocablos, sin embargo, no enfatizan suficientemente el más prosaico significado que nos interesa, cual es el de "varona" de temperamento ríspido y odioso. Mucho más conveniente resulta, en comparación, la palabra francesa *mégère*, empleada cuando se trata de una mujer hosca, gritona, impulsiva y malévol. Y Xantipa fue, indudablemente, un acabado ejemplo de tan ingratos atributos.

Ahora bien, no es por azar que evocamos su figura, y de relan-
cina la de su egregio marido, sino a propósito de ciertas concep-
ciones de un psiquiatra norteamericano, Edmund Bergler, conte-
nidas en su libro *Psicoanálisis del escritor*, publicado hace ya bue-
nos años, y, por lo que sabemos, poco recordado. Sócrates no fue,
claro está, propiamente un escritor, pero está probado que gusta-
ba de la plática persuasiva y bella, y que manejaba brillantemente
la ironía, por lo cual cabe decir que, a su modo, fue un autor oral.
Su cónyuge, en cambio, se ciñe sí plenamente al modelo de pareja
que, según Bergler, buscan obstinadamente los artistas de la pala-
bra, y es por lo tanto muy probable que desempeñara, en la vida
intelectual del sabio, la inquietante función a que nos referimos
luego. Y si ello fue así, se justifica ciertamente concederle el estatus
de todo un símbolo.

Considera aquel psiquiatra que en los escritores, incluidos los
críticos, el problema edípico no es lo fundamental, sino su aparato
e incesante retorno a la oralidad, así como su fundamental
estructura masoquista. Se empeñan en una renovada búsqueda de
coartadas, más o menos tramposas, para enfrentarse a un Súper
Yo implacable. Son, así, incansables coleccionistas de injusticias,
quejosos insufribles, e insondable depósito de sentimientos de cul-
pa. Como consecuencia de todo ello muestran una definida pro-
pensión a la bebida y, sobre todo, no acaban hasta encontrar una
fémica —esposa, compañera, amante— que los atormente de por
vida, y cuanto más dura ella, mayor la creatividad de la víctima.

Pues bien, en cierta ocasión le hablé a un amigo acerca de las
curiosas tesis de aquel estudioso. Nos parecieron, desde luego, de-
leznable y arbitrarias. Mas se nos ocurrió luego, tomando esas
ideas como hipótesis de trabajo, hacer un recuento de “casos” en
la literatura peruana de este siglo, apelando a todas las fuentes de
que teníamos memoria, incluso las chismográficas. Así lo hicimos,
con una mezcla de humor y curiosidad, y no pocos chistes a pro-
pósito de las mégères con que íbamos a toparnos. Los resultados
nos dejaron atónitos. Eran tantos y tan ilustrativos los ejemplos,
que no cabía tomar ya en broma a Bergler. Procedimos a un nuevo

examen, por si acaso, y no, no nos habíamos equivocado. Optamos entonces por callar y reservar para nuestro colete los detalles de la indagación, ya que divulgarlos habría sido muy peligroso, habida cuenta de las muchas señoras, novias, suegras y seres queridos que podían sentirse aludidas, aunque fuera en cabeza ajena. Y todavía asombrados, nos despedimos, no sin antes dedicar un piadoso recuerdo al pensador griego.

He releído, en estas semanas, aquel texto de Jenofonte, y me he acordado de los deprimentes planteamientos de Bergler. Y opino que si por un lado merecen condenación todas las Xantipas que en el mundo son o han sido, por tantos y tantos pesares que infligen o han infligido a sus maridos, por otro merecen loor y agradecimiento. Sí, pues sin su mal genio y sus denuestos no se habrían escrito muchos poemas y novelas memorables. Y si ha de ser uno consecuente con Bergler, no cabe sino exhortarlas a proseguir en su proficua y sádica misión, en bien de la narrativa y la poesía.

Publicado en La República, 11 de junio de 1982.

Folclor universitario. Guerra y justicia de perros

Canijo de piernas y retaco, y con unos ojillos saltones y desconfiados. Bigotillo ceniciento bajo una corva y avellanada nariz, que tronaba sobre una cara rubicunda. Vozarrón cavernoso. Así era el Personero del Consejo de la Universidad Peruana, organismo de vieja y triste memoria.

Llegó un día y se aposentó en el mejor hotel de la ciudad, enviado para reorganizar la universidad de esa provincia. Alborotóse la hueste profesoral —embarcada hasta entonces en ciegas pugnas internas—, pues el personaje estaba investido de plenos poderes, y por si ello fuera poco se conocían sus antecedentes. ¿No era el mismo ciudadano que, como rector, había rebajado sus haberes a los docentes de otro centro similar? ¿No era el mismo que exigía, en nombre del apostolado de la enseñanza, la sumisión más obsecuente? ¿No se creía supremo e infalible moralizador del universo?

Sí, era aquel caballero. Y mientras profesores y empleados se inquietaban, el enviado se reunió con un grupo de vieja conciencia, en el cual figuraban conspicuos miembros de cierto clan zoológico —el paleógrafo Cucaracha, el economista Burro con ganas, el profesor Cocodrilo—, y trazó con ellos las líneas maestras de su campaña, destinada a convertir ese centro de estudios en la universidad más encumbrada, por no decir borreguil, del hemisferio.

Pasaron las semanas. El Personero se afirmó gracias a un eficaz manejo del garrote y la zanahoria. Él mismo leyó cuanto

papel cayó en sus manos. Inspeccionó todas las dependencias, incluidos los mingitorios, en pos de evidencias de malos manejos, así estuvieran en papeles higiénicos. Informóse de la vida y milagros de todos sus súbditos, tanto en lo monetario como en lo galante. Apeló a la extorsión y la amenaza. De todo tomó nota y de todo conservó memoria. Y así su poder creció, y también el temor de la grey catedrática.

Sucedió que en cierto momento el flaquísimo señor consideró oportuno mudar de alojamiento, así que dejó su hotel y trajo una casita rodante que había adquirido en Lima el año anterior. Minúscula pero cómoda, aunque no acorde, eso sí, con las altas responsabilidades que ejercía su dueño, ni con la prestancia de su cargo. Y riesgosa, además, por estar siempre en la calle, en razón del presumible número de víctimas de la "reorganización" cuando llegara la hora de desenvainar la espada. Allí se instaló el funcionario.

"Vejeje en casa de muñecas", comentó un malévolo. "Buitre en jaulita de plata", dijo otro. "Enano en la casita del bosque", apuntó un tercero. Y allí, en ese habitáculo, residió el Personero por un buen tiempo. Mas nadie osó importunarlo. Es decir, nadie de la feligresía enseñante, y menos de la comunidad empleocrática, por lo espantados que estaban. Mas hubo, para desgracia suya, un gremio al que no importó nada la majestad de su mandato: el gremio de los perros vagos.

Pues a medianoche, cuando el dignatario descansaba, acudían en buen número, llamados sabe Dios por qué efluvio. Acudían, uno a uno, echaban una miradita al carronato, alzaban una pata y orinaban en una de las ruedas. Y así, noche a noche, hasta que la nariz personeril captó los aromas de tan particular liturgia. Asomóse, pues, y vio lo que pasaba. No lo pudo sufrir y la emprendió a palos con el infelice can al que sorprendió. Aulló el cuidado a todo pecho, y de tal modo que alborotó a todos los perros del barrio, por no decir de la provincia. Mas no se detuvo allí la protesta, sino que se presentaron todos en masa para elevar su voz contra la masacre. ¡Y armóse tal jaleo que tuvo que intervenir la policía para salvar al abusivo!

Mas la nueva del apaleo se difundió, por secretas vías, entre la población perruna, y por eso, y a partir de la noche siguiente, fue más numerosa la concurrencia. De nada valió que el asediado mudara de parqueo, ni que echara querosén en derredor de su morada, o que untara con ají los neumáticos. Se vio obligado, pues, a alquilar un espacio en un corralón y estacionar allí su vivienda. Mas no se desanimaron por ello sus nuevos enemigos, que optaron por turnarse y someter así al villano a una punición más insidiosa.

Estaba por ejemplo el viejo en una esquina, conversando con un doctor de su mesnada, cuando se acercaba a escondidas un gozque, y allí no más, sobre el fino zapato, dejaba su chorrillo. Iba el Personero a almorzar a un restaurante, y un can se las ingenia-ba para mojar, debajo de la mesa, los egregios pantalones. Cami-naba por la calle, y seguíanle dos o tres pichichos, empeñados en alzar una pata a su costado, aunque fuera al trote. Y petiso como era el mandamás, a punto estuvo de que mearan en su nariz, cuando era un galgo el orinante.

No se volvió loco el Personero. Mas la ira acumulada ante la venganza canina, contra la cual nada pudo hacer, encontró una fácil vía de descarga en tremebundos veredictos y despidos. Resplandeció en las hogueras de sus Resoluciones. Y así, por obra y gracia de los perros de esa ciudad, su paso por la universidad fue mucho más cruento de lo previsto.

Marchóse, en fin, llamado por el pontífice del Consejo, y como recuerdo de la mingitoria odisea, escribió un agraviado este epitafio:

Retaco y narigudo,
así era don Chicote.
Meábanle los perros
del ombligo hasta el cogote.

En La República, 5 de marzo de 1982.

Privilegios de los intelectuales

Según ciertas versiones periodísticas, el personaje que en Ayacucho tiene en sus manos la libertad e incluso la vida de sus moradores, habría dicho, a propósito del arresto de un conocido sociólogo: “¡Se acabaron los privilegios de los intelectuales!”.

Intelectuales son, como es sabido, quienes se dedican a las ciencias y a las letras. Y lo son más particularmente, en nuestro país, los profesores universitarios, los escritores, los filósofos, los investigadores de instituciones no-docentes, etc. En su gran mayoría trabajan, aquí en el Perú, en el sector estatal. Pues bien, todos ellos, según el apodíctico juicio de aquel general, tienen prerrogativas y disfrutan de exenciones intolerables, a las que él habría puesto se-vero fin. Veamos, pues, cuáles pueden ser esos privilegios.

Privilegio de los intelectuales peruanos es, por lo pronto, percibir sueldos que apenas si les alcanzan para subsistir, y que por supuesto no les permiten, en la gran mayoría de los casos, adquirir libros, asistir alguna vez a recitales o conciertos, y mucho menos llevar un nivel decoroso de existencia.

Privilegio de los intelectuales peruanos es tener que desplegar una versatilidad fuera de lo común para conseguir trabajos complementarios —los famosos cachuelos—, por eventuales y disparates que sean, para poder subsanar las enormes lagunas de su presupuesto familiar. Y deben ser así, además de trabajadores del intelecto, taxistas, vendedores ambulantes, comisionistas, docentes de academias, etc.

Privilegio de los intelectuales peruanos es ver su estatus social cada vez más disminuido, de tal modo que, por lo general, un señor sargento de policía gana más que la inmensa mayoría de los docentes de instrucción superior, aunque hayan hecho posgrado en París o Salamanca. Y, por supuesto, si se les ocurre protestar y hacer huelga, sólo recibirán varazos y denuestos, en tanto que los agentes del orden ven sus salarios multiplicados con unas pocas horas de motín y paro.

Privilegio de los intelectuales peruanos es hallarse, en la inmensa mayoría de los casos, imposibilitados de actualizar sus conocimientos y de lograr niveles de especialización acordes con los avances científicos y tecnológicos.

Privilegio de los intelectuales peruanos consecuentes, es hallarse en el trágico dilema de o bien confinarse en el silencio, o bien denunciar las injusticias y las taras del orden "occidental y cristiano" que padecemos, con los consiguientes riesgos y perjuicios para su desenvolvimiento profesional.

Privilegio de los intelectuales peruanos es no disponer de casa, servidumbre, hospitales, ropa, colegios, clubes, gasolina y otros beneficios pagados por el Estado.

Privilegio de los intelectuales peruanos, sobre todo de las ramas de humanidades y ciencias sociales, es ser objeto del permanente recelo y de la soterrada o abierta hostilidad de las clases dirigentes y de sus mastines y servidores, temerosos, como siempre, de toda verdadera independencia de juicio.

Privilegio de los intelectuales peruanos es ser objeto, muchas veces, de la desconfianza de dirigentes y militantes dogmáticos, en los partidos de izquierda, para quienes el ejercicio crítico resulta siempre un defecto pequeñoburgués altamente sospechoso.

Privilegio de los intelectuales peruanos es encontrarse en la línea de mira de los golpistas y fascistas de todo pelaje, y, llegado el caso, ser arrastrados a la máquina de muerte y destrucción de un Pinochet aborígen, tan cruel y obtuso, seguramente, como el sanguinario dictador de Chile.

¿A qué continuar? Si tales son, como efectivamente sucede, los privilegios de nuestros intelectuales, sólo cabe agradecer al personaje aquel, que, manu militari, ha puesto fin a tan escandalosas prerrogativas.

En el diario La República. Lunes, 6 de junio de 1983.

Loor y reivindicación del palto

Árbol de majestuosa apariencia, el palto crece en los climas cálidos y produce ese fruto que en otras partes llaman aguacate, y entre nosotros palta. Oriundo de Méjico, pertenece a la familia de las lauráceas. Los cronistas del descubrimiento nos han dejado numerosas referencias al respecto, pero la más elocuente es la de Fernández de Enciso, quien describió así su pulpa: "es de maravilloso sabor, y deja el gusto tan bueno y tan blando que es cosa maravillosa".

Especie tan valiosa debiera ser objeto de un trato considerado. Sin embargo no sucede así entre nosotros, y como muestra tenemos, por un lado, una expresión que usó cierto e importante personaje en respuesta a una pregunta sobre espinoso tema: "yo no soy ningún caído del palto". Y por otro, el empleo que hacen los muchachos cuando dicen en su jerga "no te hagas paltas," o inventan el verbo "paltearse," para indicar que se quedan asombrados y confusos.

¿Por qué se habría expresado así aquel egregio ciudadano? ¿Será que para los que apelan a esa figura de lenguaje el palto es la natural morada de todo aquél que no tiene un pelo de tonto, y el suelo la de quienes por ingenuos u honrados son pobres sin remedio? ¿Será que vivir allí arriba es como tener a mano los pródigos pechos de la fortuna, en perpetua mamancia de sus dones? ¿Qué puede importar, entonces, ser un arborícola?

Sea como fuere, y tratándose de esta especie vegetal, imposible no acordarse de los versos en que Pedro Paz Soldán, en el siglo pasado, saludaba al

membrudo, recio, corpulento palto,
que al gallinazo en su alta copa asila...

¿Gallinazo, dijo? ¿Sería por premonición de estos agitados tiempos? Por otra parte, y en alusión a la familia a que pertenece el árbol que nos ocupa, dice en su Diccionario de Peruanismos que como “no hay laureles entre nosotros, [el palto] podría reemplazar al laurel si tuviéramos cabezas dignas de ser ceñidas por sus nobles ramas”.

Claro que las hay, y de polendas. No pensamos, desde luego, en las testas de las reinas de belleza, de los carnavales, de la primavera, que se han elegido y se elegirán en nuestra patria. Tampoco en las de vates como Chocano, coronado hace más de medio siglo. Ni en las destinatarias de esa burocrática irrisión que son los lauros magisteriales y deportivos. Nos referimos a una que todos conocemos, y que por muchos fundamentos merece llevar ya el emblema que ostentan todos los cráneos regios.

Pero no pensamos, claro está, en una corona de cartón y papel lustre, ni de lata, como sería el caso en un país chicha, sino de más agronómica materia. Una corona de opulentas paltas, para adecuarnos a la inspirada propuesta de Juan de Arona, y en perfecta concordancia con tal domicilio. Coronado así el dueño de esa imperial cabeza podrían rendirle su cotidiana pleitesía los cortesanos de todos los pelajes, émulos del Huaytita de hace un lustro, recitando una versión modificada de otro verso de ese autor, que todos repetirían al pie del trono: “¡Oh tú, que en el palto debes quedarte para siempre...!”

De otro lado, ¿qué tiene que ver nuestro árbol con los pasmos y desconciertos de los jóvenes? ¿Por qué su copa ha de ser siempre refugio de los avispados, por no decir otra cosa? ¿Cómo es que paltarse significa, por contradictorio que parezca, caerse de seme-

jante habitáculo? Y el “palteado” ¿será entonces como el polluelo que se vino abajo del nido, y anda perdido? ¿Y “paltas” o “hacerse paltas”? Si vivir allí arriba, prendido a los frutos del Persea gratissima es vivir en bienaventuranza, ¿cómo resulta su nombre sinónimo de ‘problemas’? ¿Tiene eso que ver con un dicho mejicano —tener uno sus aguacates—, que quiere decir tener uno sus amoríos...? ¿Quién puede entender el enredo?

Nosotros no, y en espera de que una docta señora aclare el asunto, reivindicemos los méritos de árbol tan benéfico, el mismo que ajeno a semejantes abusos de confianza, y sin curarse de si son gallinazos o humanos los que se cobijan en su copa, ni de lo que dicen en su jerga los muchachos, sigue dándonos su rica y pródiga materia.

15 de abril 1993.

¿Un país para extranjeros?

Si uno recorre Miraflores, San Isidro, o La Molina, se encuentra con tal cantidad de nombres de establecimientos comerciales y de anuncios en inglés, y a veces en otras lenguas que no son el español, que bien puede preguntarse en qué país nos hallamos.

Y no solamente se trata de nombres de cadenas internacionales, como Blockbuster o Kentucky Fried Chicken, o Benetton, casos en los que podría haber una cierta aunque no muy convincente justificación. Se trata también de locales en que se anuncia no la “realización” de otros tiempos —o al menos la “barata” de los mejicanos— sino lo que en los Estados Unidos se llama sale, esto es venta de saldos a precios reducidos. Y es muy probable que para llamar la atención se ponga además el aviso de que la tienda de marras se halla abierta, pero no con esta palabra, sino con el equivalente sajón de open. Sucede así con numerosos establecimientos, entre ellos drugstores.

Si nos trasladamos ahora a otro plano, como el de las viviendas en alquiler, en esos mismos u otros barrios, nos toparemos con anuncios de flats, designación que bien podría dejarse de lado y hablarse simplemente de departamento, o, si uno es purista, de “apartamento”. Mas la cosa no queda allí, porque es frecuente además que en los tales avisos se señale que se trata de ambientes “sólo” para extranjeros. Contundente restricción, de más peso, por supuesto, que las que limitan el acceso a “señoritas honorables” o

“caballeros solventes”. Así que si el aspirante a arrendatario es cholo o cholito, por sentencia de la tez y de los rasgos, no le quedará más remedio que seguir buscando por otra parte, o en todo caso, si el asunto apremia y no le falta respaldo monetario, arrogarse de algún modo la calidad de “extranjero”. ¿Qué hacer ante ello?

Le es imposible presentar una piel de gringo, y no daría mucho resultado teñirse el cabello. Podría ser más efectivo, entonces, si prevalece lo moreno, ponerse gafas y adoptar un acento que suene muy extraño, como si uno fuera ciudadano del Gran Caimán, Jamaica o Abu-Dhabi, o pariente lejano de Michel Jackson. En cambio, si uno tiene más de inga, puede pretender que proviene de Nepal, de Armenia o de Indonesia, pero eso sí, de clase muy alta. Y si acaso los ojos son jalados —oh maravilla, en esta época de japocracia— aducir que se nació en Osaka o Kumamoto. ¿Y el pasaporte? No es problema, porque allá en el jirón Azángaro uno puede optar por la nacionalidad que le dé la gana, billetes de por medio, por postizos que sean los documentos.

Los viajeros europeos de la primera mitad del siglo XIX pondrán todos la afable hospitalidad de los peruanos. Nos cuentan, por ejemplo, que en Lima o en Arequipa las damas que recibían en sus cenas a extranjeros les invitaban bocaditos que ponían ellas mismas en sus labios. Más tarde, en esa misma centuria, cambiaron las costumbres, pero no esa beatería por lo foráneo. Se puso de moda, si se podía, lucir en la sala sillas de Viena, vestir a la moda de París y hablar unas cuantas palabras en francés, y, por supuesto, asombrarse de que en este mundo se pudiera ser chachapoyano, puneño o chumbivilcano.

Hace mucho tiempo que los afrancesamientos han pasado a la historia. Ahora todo es la moda de Miami o de Orlando. Todo es happy-birthday, talk-shows, halloween, week-end, snack-bar o pubs. Incluso hay híbridos que mezclan el inglés con otras lenguas. Y si uno mira a una bien dotada muchacha por la calle, es casi seguro que podrá leer, arriba de sus posaderas, las marcas de sus jeans, en inglés por cierto, aunque sean productos “bamba” y proven-

gan no de Oxford Street o del East Side, sino de Gamarra o de San Cosme.

Pero a veces se retorna, por rebote digamos, al pasado, en eso de las modas. Así es, porque si en la época de Rubén Darío la gente de cierta cultura se alocaba por las japonerías, ahora resulta de buen tono, para muchas gentes, tener un auto japonés, ser compadre de un nisei de los que ambulan por las altas esferas, o haber visitado Tokio. E incluso, en los sectores populares, ha habido quienes han apelado a un cirujano para rasgarse los ojos, y a un padre putativo oriental y un juez venal para dejar de ser Mamani o Choque, y, de la noche a la mañana, apellidarse Kuchimoto o Kakasaki, con lo cual se pueda conseguir un trabajito, aunque sólo fuese de barredor o lavaplatos, en una ciudad nipona.

Así están las cosas. Pero si nos ponemos a pensar, y nos elevamos de lo anecdótico, cuando no risible y pintoresco, al marco general en que vivimos, ¿de qué asombrarse? ¿Acaso no nos gobierna un señor que habla con un acento propio del país del sol naciente? ¿Acaso nuestra política económica no es dictada por el Fondo Monetario Internacional? ¿Acaso no se privilegia, en las privatizaciones, a los capitales foráneos, en detrimento de los nacionales? ¿Acaso no se hunde en la miseria a nuestros agricultores para beneficiar a los ricos granjeros de Iowa o de Arkansas? Incluso, si se trata de los Derechos Humanos, ¿no nos vemos obligados, si queremos ser escuchados, a confiar en America's Watch o en las noticias de CNN, porque nada se puede esperar de un Poder Judicial castrado, y mucho menos de los jefes del Ejecutivo?

Sí, el nuestro es cada vez más, y por desgracia, un país para extranjeros. Pero a nosotros nos toca, mediante una labor tesonera, aunque ello nos lleve un milenio, rescatar nuestra identidad y nuestros derechos.

Reinas, ñustas y misses

En mis tiempos de colegial había, como sucede hoy, la costumbre de elegir una chica que, por su figura y su trato, gozaba de las simpatías de la mayoría, como reina del plantel. Ello acontecía no necesariamente en primavera, como se estila ahora, sino en épocas y ocasiones diversas, al azar de las iniciativas individuales y de las ocurrencias institucionales. Teníamos, pues, de tiempo en tiempo, una reina, a la que tributábamos nuestra admiración y nuestros aplausos.

Como se sabe, en la elección de tales soberanas se expresan muy bien el erotismo idealizador propio de la adolescencia, así como las rivalidades escolares, y acaso también una secreta y nostálgica concupiscencia por parte de los profesores de mayor edad. Se traduce también el deseo que sienten los jóvenes de reconocerse en alguien que encarne su identidad generacional. Igualmente, un subyacente rezago de arcaicos reflejos monarquistas, así como los explícitos cálculos de las autoridades educativas, interesadas en recaudar fondos mediante el sistema de votación que a menudo, para el efecto, se emplea.

En esos años nadie se detenía, por supuesto, a reflexionar en el título que el ritual confería a la escogida. Y esta, y las demás candidatas, se sentían felices de dar forma así, en alguna medida, y aunque no tuvieran conciencia de ello, a sus sueños y fantasías. Tímidas, sonrientes, recibían los símbolos de su reinado —corona de cartulina y papel lustre, cetro de palito con purpurina—, y se

las veía tan lindas, con sus ojos negros, su tez serrana, y ese recogimiento y dulzura de Ritas vallejanas...

Transcurrieron los años, y fue creciendo aquella costumbre. Nunca hubo en el valle, como antes, tanta y tan efímera realeza. Alborotábanse los estudiantes, sufrían las 'reinables' y al final la coronación no dejaba recuerdos duraderos sino en las protagonistas y en sus padres, apesadumbrados en cuanto al bolsillo, pero felicísimos por el lucimiento de sus hijas. Reinados que tenían, sin duda, una atmósfera y una secuela mucho más estimulantes que las que tuvo el anterior régimen del presidente que ahora nos gobierna, y que acabó a empujones en una madrugada de octubre. Vino después el régimen del general Velasco, con sus esfuerzos para recobrar, al menos en parte, nuestra identidad cultural. Y como parte de ellos, y del cierto indigenismo que los acompañó, se pusieron en boga usos y vocablos quechuas. No sorprende, pues, que en tales circunstancias, alguien propusiera en mi tierra el reemplazo de ese título, en los jolgorios de primavera, por el de ñusta, e incluso por el de coya. Hubo debate al respecto, y se decidió usar el primer término, con lo cual dio comienzo a la campaña electorera. Mas no contaron, tirios y troyanos, con la vanidad y los prejuicios de las chicas, en cuyas orejas sonó raro y chistoso aquello de convertirse en "ñusta carmelina", "ñusta isabelina", y menos aún, por cierto, el de "coya josefina". Y menos les gustó, todavía, que las malas lenguas de sus compañeras las fueran a llamar, por extensión, "mama Chimpu" o "mama carmelina". Y alguna razón tenían, pues era casi inexorable que les quedasen de por vida tales apelativos, con los consiguientes riesgos para cuando fueran casaderas. No hubo, pues, modo de convencerlas, y como ninguna quiso ser candidata, y no había hacerlas por la fuerza, se quedaron los colegios en esa primavera sin reinas ni reinados.

Nadie se acordó de ello, al año siguiente, de esa innovación nacionalista y se tornó a las soberanas de muselina, rostro de cholita y cartón dorado. Y asimismo, con el correr del tiempo, y en virtud de aquel principio por el cual las cosas vuelven a su nivel, volvimos a encumbrar al arquitecto que hoy vive en palacio.

Y como asistimos a una época de alineación cultural a marchas forzadas, indesligable de la desnacionalización de nuestra economía y el remate de nuestras riquezas, corre ya peligro ese título colonial de "reina". Pues sí, y se habla ya en ciertos establecimientos secundarios, de la "Miss micaelina", o la "Miss ugartina"...Más aún, ya que todo el mundo tiene fresquísimo el recuerdo de ese aluvión de "mises" que se abatió sobre nosotros hace un par de semanas, quitándonos el resuello y haciéndonos olvidar, con gran contento del régimen, la espiral ascendente de los precios.

En fin, no hay remedio. Esta es una época de "misses", y por ello, y acordándonos que es también un tiempo de gran pobreza moral y económica, bien podemos decir que vivimos, a la vez, en la miseria y en la missería...

En La República, agosto de 1982.